

PIONEROS DE LA RESPONSABILIDAD SOCIAL EMPRESARIAL EN COLOMBIA

Luis Henrique Gómez Casabianca*

Resumen

Aunque puede afirmarse que el término Responsabilidad Social Empresarial (RSE) es nuevo, en Colombia este concepto tiene más de cien años de desarrollo. Fue surgiendo de manera espontánea como proyección de la sensibilidad de algunos empresarios quienes consideraron que, trascendiendo las actividades que normalmente realizaban –algunas de ellas también pioneras en el campo de la industrialización–, podían aportar algo más a la sociedad. De esas inquietudes surgieron importantes avances en el campo de la educación, de la medicina, de la salubridad en general y de la vivienda social. Con este artículo se busca reseñar el aporte realizado por cinco industriales visionarios y comprometidos con la comunidad, en un período comprendido entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, en una serie de iniciativas que incluso se proyectan hasta nuestros días.

Abstract

Although it can be argued that the term Corporate Social Responsibility (CSR)

is new, in Colombia this concept has more than one hundred years of development. It was spontaneously arise as a projection of the sensitivity of some entrepreneurs who felt that, transcending the activities normally carried out, some of them also pioneers in the field of industrialization could bring something more to society. From these concerns came important developments in the field of education, medicine, general health and social housing. This article seeks to outline the contribution made by five industries visionary and committed to the community, in a period from the last years of the nineteenth and early twentieth centuries, a series of initiatives planned even to this day.

Palabras clave

Responsabilidad social empresarial, historia empresarial, pioneros, Colombia.

Keywords

Corporate Social Responsibility, managerial history, pioneers, Colombia

JEL: M14, N56, N66, N86

*Arquitecto, historiador y profesor universitario. Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, vicepresidente de la Academia de Historia de Cundinamarca, secretario de la Academia de Historia de Bogotá.

Este documento hace parte de la investigación que el autor adelanta sobre la historia empresarial colombiana. Fecha de recepción 28 de septiembre de 2011. Fecha de aprobación, 2 de diciembre de 2011.

Introducción

En Colombia los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX (hasta 1902), estuvieron marcados por la agitación política e incluso por guerras civiles que afectaron a la sociedad y retrasaron el desarrollo económico. A pesar de esas arduas circunstancias, se emprendieron en esos años importantes iniciativas empresariales tendientes, por ejemplo, a la electrificación de distintas regiones, a la producción tecnificada de alimentos (como el azúcar), a la elaboración de textiles, vestuario, productos químicos y nuevos materiales de construcción.

Al tiempo que se avanzaba en el proceso de industrialización, se iban conformando el sector empresarial y la clase obrera, con lo cual apareció el tema de las relaciones obrero-patronales y la necesidad de ir capacitando a las gentes de origen campesino que iban llegando progresivamente a los incipientes centros fabriles, para que pudiesen integrarse a ellos.

Algunos de los primeros capitanes de industria, asumieron incluso el rol de líderes cívicos, al considerar que el progreso de sus empresas estaba ligado al bienestar de sus trabajadores e incluso, viendo aún más allá, al bienestar de la sociedad en general. No existían prácticamente referentes ni una literatura al respecto, pues se trataba de unas actividades novedosas en el mundo, de modo que, un poco a tientas, cada uno de ellos fue buscando caminos hacia el propósito de que el desarrollo industrial redundase también en el mejoramiento de las condiciones sociales de sus áreas de influencia y del país en general.

Construyendo en tiempos de crisis

En la hacienda Tequendama, situada en el municipio de Soacha, a pocos kilómetros al sur-occidente de Bogotá, estuvo acantonado durante la Guerra de los Mil Días un batallón encargado de proteger a la capital de un posible ataque de fuerzas rebeldes que podían llegar desde esa dirección.

La conflagración se inició en 1899 cuando el sector más beligerante del libe-

ralismo desató un alzamiento contra el gobierno conservador encabezado por el presidente Manuel Antonio Sanclemente y el vicepresidente José Manuel Marroquín. Fue el comienzo de un grave conflicto armado que se prolongaría por espacio de tres años.

El haber destinado allí ese batallón no fue superfluo, pues de hecho tuvo que defender ese acceso a la ciudad.

Sin embargo, a pocos kilómetros de ese punto, se afanaba otro ejército, que tenía distintos móviles, otros objetivos, y un arsenal diferente. En este caso sus armas eran palas, picas, martillos, llaves de tuercas, cables y equipos de soldadura... Se trataba de un contingente de obreros que, trajinando con rieles, perfiles metálicos, complejos y pesados equipos, se ocupaba en el montaje de la que sería una de las primeras y la más importante hidroeléctrica del país.

Hacían parte de una empresa privada liderada por los hermanos Samper Brush, quienes tenían su empeño puesto en el objetivo de suministrar energía eléctrica a los hogares y empresas capitalinos.

En años anteriores, la empresa BELC (*Bogota Electric Light Company*) se había comprometido con el alumbrado público de la ciudad, logrando hasta el momento muy pobres resultados.

Los hermanos Samper Brush debieron capacitar a sus obreros (originariamente campesinos de la zona de El Charquito) primero para las labores de construcción y luego para operar la planta, la cual para esa época manejaba una tecnología de punta, por lo cual debieron establecer una escuela para capacitarlos.

Luego, en lo que puede ser considerado un programa pionero de Responsabilidad Social Empresarial, iniciaron la escuela de El Charquito, "para dar educación gratuita y completa a los hijos de los trabajadores de la Energía". (Santos Molano, 1997, p. 18).

El nombre de la empresa era Compañía de Energía Eléctrica de Bogotá, pero coloquialmente fue conocida como 'la em-

presa de los hermanos Samper'. Las obras de la hidroeléctrica se habían iniciado en 1898. La "fábrica de luz eléctrica" se situaba 3 kilómetros arriba del Salto de Tequendama y era movida por la fuerza del río Funza o Bogotá al abandonar la Sabana.

Este tipo de concepción empresarial corresponde al desarrollo de la segunda fase de la Revolución Industrial¹. Como antecedentes, hay que señalar que Michael Faraday (1791-1867) descubrió el fenómeno de la inducción electromagnética. Luego, un simple obrero belga, Zennobe Gramme (1826-1901) le encontró una utilidad práctica al fabricar la primera dinamo. Por su parte, el ingeniero francés Aristides Berges (1833-1904) puso en marcha el sistema de aprovechamiento de los saltos de agua para obtener electricidad, la llamada "hulla blanca"².

La noche alegre del 7 de agosto de 1900 se inauguró en Bogotá el alumbrado eléctrico a domicilio. En un 60% de las casas de la ciudad se encendieron 6.000 bombillos, por cada uno de los cuales pagarían los beneficiarios la modesta suma de \$ 1,50 papel moneda. Al tiempo con el alumbrado domiciliario se inauguró la fuerza eléctrica, que permitió la modernización de numerosas industrias de la capital (Santos Molano, 1997, p. 29).

La Imprenta Nacional, por ejemplo, puso en marcha su primer motor eléctrico.

La tarea emprendida por la Compañía de Energía Eléctrica de Bogotá' de los hermanos Samper, era ambiciosa desde el punto de vista técnico, administrativo y financiero; demandaba de sus gestores gran atención, muchas horas de trabajo, preocupaciones y desvelos, para resolver los diversos e inéditos problemas de una empresa que no tenía antecedentes en el país.

El líder del proyecto era don Santiago Samper Brush a quien secundaban sus hermanos José María, Antonio, Joaquín y Tomás.

¿Qué hacer por una sociedad en crisis?

Pero la guerra continuaba y don Santiago quiso también quiso contribuir a paliar sus deletéreas consecuencias.

El Dr. Néstor Miranda informa que "a su alrededor se formó un núcleo de médicos y familias de la alta sociedad bogotana que se preocuparon por organizar servicios médicos durante la guerra". (Miranda Canal, 1989, p. 269).

Entre los galenos que tomaron parte en esa iniciativa estaban los doctores Nicolás Buendía, Hipólito Machado, José María Montoya y Lisandro Reyes. Este grupo organizó dos servicios de ambulancias: "uno integrado por 28 médicos, 42 practicantes, 8 hermanas de la Caridad, un capellán y un farmacéuta, que se dirigió a Santander. Otro formado por 8 médicos, 12 practicantes y 3 hermanas de la Caridad, que se dirigió a Tibacuy" (Miranda Canal, 1989, 267). Fueron equipados con dineros provenientes de la Cruz Roja.

"La ambulancia del sur, dirigida por el Dr. Juan Evangelista Manrique, realizaba su labor en los frentes de Fusagasuga y Tibacuy". Con el apoyo de los doctores Pompilio Martínez, Luis Felipe Calderón y Zoilo Cuellar, entre otros. (Muñoz Delgado, 1995).

Es de anotar que no se le daba a palabra 'ambulancia' el mismo sentido que se le da hoy. Más bien, con este término se hacía referencia a hospitales de campaña o brigadas médicas.

El doctor Ricardo Rueda M.D., explica:

Las ambulancias, que no eran otra cosa que campamentos sanitarios itinerantes que se desplazaban a lugares de conflicto, se remontan al siglo XVIII; fueron creadas durante las guerras napoleónicas por el barón Jean Dominique Larrey, cirujano jefe de la guardia imperial quien conformaba grupos de médicos dedicados al rescate de

¹ Correspondiendo la primera fase al uso de la máquina de vapor.

² Así lo refiere Luis Reyes en su biografía de Julio Verne, padre de la novela científica, quien a través de sus obras dejó un emocionante recuento de los avances técnicos de esos años.

los combatientes heridos o enfermos graves en el propio campo de batalla y en el momento mismo de ésta les brindaban los primeros auxilios para luego trasladarlos a los hospitales de guerra. A diferencia de estas ambulancias, las de la Guerra de los Mil Días hacían presencia en el escenario de la batalla una vez pasado el encuentro bélico y así carecían de atención médico-sanitaria heridos y enfermos críticos durante las horas o días que duraba el enfrentamiento, lo que seguramente contribuyó a aumentar las cifras de mortalidad (Rueda González, 2009, 50).

Sin embargo, fue un esfuerzo privado, que se hizo de forma paralela al esfuerzo médico emprendido por gobierno, liderado por el Dr. Carlos Putnam, quien con ayuda de doctores como Francisco Barberi y José J. Serrano, y de los capellanes del ejército, padres Tenorio y Valenzuela, dirigió otra ambulancia que en el año 1900 jugó un papel de especial importancia en la Batalla de Palonegro, sirviendo por igual a los heridos de ambos bandos³.

Además, "otros filántropos bogotanos congregados en la casa de la familia Samper Brush, recogieron socorros para atender a las víctimas de ambos ejércitos"⁴.

Algunos galenos de esas ambulancias organizaron, a principios de 1901, unas reuniones que se pensaba que fueran científico-sociales. El 20 de julio de ese año, en la Primera Calle Real (más tarde carrera 7ª), sobre el andén de la Casa del Florero, donde después estaría el Hotel Atlántico, se efectuó la primera reunión del Club Médico. No se trataba de un club social, sino de una asociación con fines de divulgación y promoción médica.

En el Club Médico tuvo origen la Sociedad de Cirugía de Bogotá, que inició sus labores el 22 de julio de 1902. Entre sus primeros integrantes estuvieron los doctores

Nicolás Buendía, Hipólito Machado y José María Montoya (Muñoz Delgado, 1995).

Ese año concluyó la Guerra de los Mil Días. El doctor Jorge Gómez describe el panorama médico de entonces:

La economía del país se encontraba en bancarrota y todo estaba por hacerse en materia ambiental. No existían suficientes letrinas y alcantarillados, y aún no llegaban los adelantos europeos de la cirugía aséptica. Los antisépticos y sales mercuriales apenas hacían su aparición en el arsenal médico de la época. La violencia política y una realidad social producto de la beligerancia imperante, convertían en tarea de verdaderos titanes el hecho de iniciar cualquier empresa orientada a mejorar la precaria situación de la comunidad (Gómez Cusnir, 2002).

Otras contribuciones a la salubridad

Tras finalizar el conflicto, el Dr. Roberto Franco "convenció a don Santiago Samper para que dotase un laboratorio en el Hospital San Juan de Dios, como en efecto lo hizo el conocido filántropo. Así se estableció el llamado 'Laboratorio Santiago Samper' que fue el primero adecuadamente equipado". (Miranda Canal, 1992). "Allí trabajaron, bajo la dirección de Roberto Franco, Jorge Martínez Santamaría y Gabriel Toro Villa, los cuales se distinguían junto con su maestro en las investigaciones sobre la fiebre amarilla selvática y otras enfermedades tropicales". (Muñoz Delgado, 1995, 272).

Esos estudios ayudarían a vencer esos flagelos que afectaban extensas regiones del país.

De otra parte, el Dr. Juan Evangelista Convers quien durante la guerra trabajó en la ambulancia de Fusa y Tibacuy, luego impulsó, con varios colegas, la construcción del Hospital San José, el que fue producto también de la iniciativa privada.

³ Un interesante y dramático recuento de las humanitarias labores de esta comisión es referido en Arboleda, 1953.

⁴ www.monografias.com (art. Familia Samper Brush).

En efecto, el lote fue regalado por el General Juan Nepomuceno Valderrama, la obra fue acometida por la Sociedad de Cirugía de Bogotá y la institución sería sostenida con donaciones particulares.

Semillas que fructifican

La iniciativa impulsada por don Santiago Samper durante la guerra fue, además, el embrión inicial de la Cruz Roja Colombiana, institución que habría de constituirse oficialmente tres lustros después, en el Teatro Colón de Bogotá, el 30 de junio de 1915:

En 1920, como representante de Colombia a la X Conferencia de la Cruz Roja, el Dr. Hipólito Machado (veterano de las ambulancias durante la guerra y miembro fundador de la Sociedad de Cirugía de Bogotá) obtuvo la incorporación de la Cruz Roja nacional a la Liga Internacional (Muñoz Delgado, 1995, 127).

Enrique Santos Molano refiere:

Santiago Samper Brush era hijo de don Miguel Samper Agudelo y sobrino de don José María Samper Agudelo, dos de los hombres más influyentes en la vida pública, social, económica e intelectual de Colombia en el siglo XIX. Santiago Samper Brush y sus hermanos José María, Antonio, Joaquín y Tomás, eran varones ejemplares y fundaron una empresa a su imagen y semejanza, que se constituyó en el modelo de lo que debería ser en Colombia la actividad industrial, que no podía concebirse desunida de una intensa actividad espiritual y humanística. Para los hermanos Samper Brush, el progreso de la empresa carecía de sentido si no conllevaba el progreso y bienestar de sus trabajadores (Santos Molano, 1997, 38).

Don Santiago falleció en 1920. Pero sus hermanos siguieron al frente de la empresa y continuaron con el estilo de cultura institucional que él iniciara.

Un artículo publicado en la revista *El Gráfico*, el 12 de agosto de 1922 –titulado *La fiesta de la energía eléctrica*– decía:

La compañía de energía es un verdadero ejemplo de organización científica y puede exigir a sus servidores el máximo de esfuerzo bien dirigido, porque a su vez les ofrece cuanto les hace más llevadero el trabajo y les asegura vivir honesto en el futuro y alivio y remedios en las épocas calamitosas (Santos Molano, 1997, 45).

Fue así como la familia Samper Brush traspasó los límites de lo considerado estrictamente empresarial para materializar en obras concretas su sentido de la responsabilidad social. De allí nacieron varias ambulancias particulares que sirvieron en la Guerra de los Mil Días, y luego, a partir de éstas, nacieron el Club Médico, la Sociedad de Cirugía de Bogotá, el Hospital San José y la Cruz Roja Colombiana.

En apoyo a la industria cementera

Empresarios innovadores en diversos aspectos, en 1909 los hermanos Samper Brush dieron también inicio a la industria cementera en Colombia, al fundar la Compañía de Cementos Samper. Sus funciones en los primeros años fueron las de producir este material y la de ofrecer servicios de diseño y construcción, empleándolo. La firma adelantó trabajos de urbanización en terrenos aledaños a la capital, dotó esos nuevos sectores de la infraestructura necesaria, y de forma paralela los Samper organizaron una serie de servicios para sus obreros. En inmediaciones de la planta cementera ubicada al occidente de la capital, en Sans Facons, dieron al servicio una escuela nocturna para los trabajadores y sus hijos, un restaurante y una enfermería. (Carrasco Zaldúa, 2006).

El primer barrio obrero de Bogotá

En la última década del siglo XIX el industrial alemán radicado en Colombia Leo S. Kopp construyó en Bogotá la primera fábrica moderna de la ciudad: la Cervecería

Alemana Bavaria. Algunos años después patrocinaba la construcción del primer barrio netamente obrero que tuvo la ciudad.

La fábrica de Bavaria fue desarrollada en un terreno que adquirió don Leo Kopp en 1894, cerca a la recoleta de San Diego, en el límite norte de la ciudad. Dos años después los hermanos Daniel y Froilán Vega compraron los terrenos ubicados al oriente de la fábrica, en los altos de San Diego.

Torres y Chaparro refieren que “entre los terrenos de propiedad de Kopp y los terrenos de los hermanos Vega, se estableció una relación definitiva que se materializaría en el nacimiento de un nuevo barrio” (Torres & Chaparro, 1992).

En razón de que la fábrica de cerveza atraía una gran cantidad de obreros que aspiraban a establecerse con sus familias cerca de su lugar de trabajo, los hermanos Vega empezaron a parcelar su predio en 916 lotes de unos 32 metros cuadrados cada uno, y a venderlos a quienes serían los fundadores del barrio.

En marzo de 1912 los trabajadores de Bavaria se organizaron para construir ese barrio que inicialmente se llamó la Unión Obrera y luego La Perseverancia.

Al respecto Torres y Chaparro indican:

El costo promedio de los lotes era de 35 pesos, tenían una extensión de 4,30 metros de frente por 8 metros de fondo y su compra era formalizada con escritura y ante notario. En las escrituras quedaba estipulada la manzana donde se encontraba el terreno con una letra del abecedario y el lote con un número. Precisiones sobre la construcción, pavimentación de frente, desagües y hasta la siembra de un árbol, eran incluidas en estos papeles (Torres & Chaparro, 1992).

El señor Kopp ayudó a sus trabajadores, financiándoles la compra de los lotes y la construcción de sus casas, con un dinero que luego sería descontado de sus salarios.

Las casas se hicieron de una sola planta y el material empleado fue el adobe. Los muros tenían de 50 a 60 centímetros de ancho. Las viviendas tenían dos habitaciones, una cocina y un solar con carbonera.

En principio, el barrio no tuvo servicio de acueducto y por esta razón los habitantes obtenían el agua del río Arzobispo o del Chorro de Padilla. Esta situación llevó a Leo S. Kopp a construir dos pilas de agua, una que se situó sobre la carrera 7ª con calle 31 y otra frente a la plaza donde posteriormente se construyó la iglesia (Escobar et al., 2004, p. 502).

El 1º de mayo de 1914, en un evento en que se congregaron más de dos mil personas, se inauguró en el barrio un amplio espacio público, de 10 mil metros cuadrados, que fue bautizado como la Plaza del Trabajo. En su centro se colocó la primera piedra de un monumento al trabajo.

La Perseverancia nació pues con el sello de Bavaria. El barrio era conocido por sus gentes trabajadoras, la mayoría de las cuales laboraba directamente en la fábrica en la producción de cerveza, o indirectamente en la confección de capachos, labor en la que participaban incluso los niños (Torres & Chaparro, 1992).

Para buscar antecedentes de este tipo de barrios obreros, surgidos de iniciativas empresariales, habría que remontarse a los falansterios de Charles Fourier, o a los familisterios de Godin, a mediados del siglo XIX en Francia, los cuales planteaban una forma de vida cooperativa, un nuevo tipo de sociedad.

Torres y Chaparro registran el hecho de que los obreros de Bavaria que conocieron a don Leo lo recuerdan con gratitud y afecto. Refieren que era “supremamente bondadoso y bueno y no era egoísta”, que le ayudaba a la gente a progresar y que en distintas formas brindó su apoyo al barrio.

De igual modo se refieren a su hijo, don Guillermo Kopp, quien se hizo cargo de

la fábrica tras la muerte de don Leo en 1927. Dicen que era muy bueno, noble y considerado, que ayudaba a los desamparados y que en cada Navidad les daba regalos a sus trabajadores.

La Perseverancia fue el primer barrio obrero que tuvo Bogotá.

Un benefactor de Cartagena

Al morir en Cartagena don Manuel Román, en 1874, legó a sus hijos Henrique, Antonio y Carlos, una farmacia que tenía en la ciudad, más unos \$20.000 pesos.

Los tres hermanos se asociaron entonces para hacerse cargo de la Farmacia Román y continuar con el negocio. Sin embargo, la sociedad tuvo una corta duración. Hacia 1878 se separó Antonio y en 1882 se retiró de la empresa Carlos, por lo que Henrique quedó como su único dueño.

Por esa época, la elaboración de productos farmacéuticos sufría en el mundo una revolución. "Ya no se hablaría de medicamentos extraídos del reino vegetal o animal sino de medicamentos sintéticos imaginados por el hombre" (Rivero Seña, 2002, 66). Productos desarrollados en laboratorios. De modo que en pocos años algunos farmacéuticos del siglo XIX que hasta entonces habían elaborado sus medicamentos de forma artesanal, empezaron a convertirse en productos industriales de éstos.

Interesado por estos descubrimientos, don Henrique decidió competir en el escenario local con las empresas extranjeras que ya implementaban esas innovaciones. Circunstancia que se vio favorecida por la política económica de la época, pues transcurría el período de la Regeneración y el presidente Núñez brindaba un amplio respaldo al proceso de sustitución de importaciones.

Don Henrique fundó entonces el Laboratorio Román, donde se habrían de elaborar los nuevos fármacos, utilizando bases químicas extranjeras, así como algunas plantas medicinales de la región. La botica o

farmacia original quedó destinada sólo a su expendio al público y a otras boticas, que permanecían aún a un nivel artesanal, algunas bases químicas importadas. Los resultados fueron tan favorables que la empresa obtuvo medalla de oro en la exposición nacional de Cartagena en 1889.

El Laboratorio importó maquinarias, contrató algunos químicos extranjeros, así como agentes viajeros para promocionar los productos en las ferias y empezó a publicar mensualmente una revista con cubrimiento nacional, para dar a conocer sus nuevos productos.

Pero también, don Henrique Román tenía un sentido de la responsabilidad social de su empresa.

Además de que el precio de los productos mantenía un valor relativamente accesible a las clases populares, estas recibían igualmente medicamentos y atención médica gratis, especialmente los niños, quienes eran atendidos personalmente en la farmacia por Henrique L. Por ello fue popularmente reconocido en la práctica de la caridad entre las clases más necesitadas de la ciudad y llamado más tarde el "benefactor de Cartagena" (Rivero Seña, 2005, p. 79).

Además, el Laboratorio sirvió como escuela, donde un importante número de sus trabajadores pudo aprender el arte de la química y la farmacia.

El señor Román fue un agente modernizador, cuyo laboratorio dio un fuerte impulso al ejercicio de la actividad farmacéutica en la capital de Bolívar. Así mismo, puede ser considerado uno de los pioneros de la RSE en Colombia.

Un hospital grande, muy grande

Don Alejandro Echavarría Isaza fue un importante empresario antioqueño, nacido en 1859 en Barbosa y fallecido en 1928 en Medellín.

Entre sus muchas iniciativas empresariales están la fundación de Coltejer (1907), el haber impulsado la primera compañía de luz eléctrica que tuvo Medellín⁵, ser uno de los socios fundadores del Banco Alemán Antioqueño (1912)⁶, al igual que de la primera aerolínea colombiana, la CCNA (en 1919). Entre sus obras de carácter social, se le recuerda por haber establecido en la capital antioqueña, el Hospital San Vicente de Paúl.

La idea de fundar este centro médico se remonta a 1912 cuando, tras una grave enfermedad de su esposa, doña Josefina Misas Euse, comunicó a sus hijos su intención de "fundar un hospital, pero un hospital grande, muy grande, que tenga siempre capacidad suficiente para albergar a todo hijo de Antioquia y del resto del país que necesite de sus servicios".

Para entonces, el tradicional centro médico de la ciudad, el Hospital San Juan de Dios, se encontraba en un deplorable estado.

La idea recibió el respaldo de la iglesia Católica, de los industriales, de los intelectuales y de otros estamentos de la sociedad, y el apoyo institucional de la Escuela de Medicina de la Universidad de Antioquia, fundada en 1871.

El edificio fue diseñado por el arquitecto belga residenciado en Medellín, Agustín Goovaerts, quien lo proyectó en estilo neoclásico. El terreno elegido se encontraba en las afueras de la ciudad y el arquitecto aplicó las más recientes normas europeas de arquitectura hospitalaria, en cuanto a la organización de los pabellones y al espacio necesario para cada paciente. La primera piedra del hospital fue colocada el 13 de agosto de 1913. Don Alejandro Echavarría, con gran entusiasmo, lideró la construcción de la obra, la cual recibió apoyo de distintos donantes.

Luego, don Alejandro presidió la junta directiva del Hospital, función que ejer-

ció hasta el día de su muerte, en 1928. En su reemplazo fue nombrado su hijo, don Guillermo Echavarría Misas, quien ya había ejercido la gerencia de la CCNA. "Don Alejandro quiso esta obra como hija suya y como a tal la asimiló a su testamento".⁷

Actualmente el Hospital continúa siendo una institución privada sin ánimo de lucro, y se constituye en uno de los centros médicos más grandes y avanzados del país, especializado en prestar servicios de salud de alta complejidad, en formar talento humano (gracias a un convenio con la Universidad de Antioquia) y en realizar investigación médica de alto nivel.

Su Grupo de Transplantes realizó el primer trasplante de médula ósea efectuado en América Latina, el primer trasplante de riñón y páncreas simultáneo, el primer trasplante de hígado, el primer trasplante exitoso de pulmón; y en asocio con el equipo científico de la Clínica Cardiovascular Santamaría, el primer trasplante de corazón en Colombia. Además ha efectuado más de 3.000 trasplantes renales, varios de hígado, de páncreas, médula ósea, cornea y hueso, y reimplantes de mano, entre otros. Por todo ello, el Hospital Universitario San Vicente de Paúl es reconocido hoy como uno de los centros médicos más avanzados en el campo de los trasplantes en el mundo.

En la actualidad se planea la construcción de su nueva sede. Don Alejandro Echavarría y su hijo don Guillermo seguramente se habrían sentido complacidos.

Reflexiones sobre la industria antioqueña

Alberto Mayor Mora señala que en Antioquia "los contactos personales entre patrón y obreros fueron múltiples y la dependencia de los trabajadores respecto a su patrón, fue por tanto mayor" que en otras regiones (Mayor Mora, 1997, p. 280).

⁵ En 1895 se constituyó la Compañía Antioqueña de Instalaciones Eléctricas, con una distribución accionaria que se dividía en terceras partes entre el departamento de Antioquia, la ciudad de Medellín y un grupo de particulares. Pocos años después tanto el departamento como el municipio sacaron a la venta parte de sus acciones, las que fueron compradas por la familia Echavarría, bajo el liderazgo de don Alejandro Echavarría. (De la Pedraja, 1985).

⁶ Más tarde convertido en Banco Comercial Antioqueño.

⁷ Art. Alejandro Echavarría Isaza. Biblioteca Virtual EPM. www2.epm.com.co

Las empresas fabriles antioqueñas – con sus patronos viviendo de cerca las necesidades del trabajador– se preocuparon por remediar los más apremiantes de estos problemas: vivienda, alimentación, salud, educación primaria, etc. En general, pues, la fábrica antioqueña, tendió a adaptar sus prácticas organizacionales a estas necesidades obreras, y no al contrario. Los obreros, por su parte, empezaron a ver la empresa no meramente como un lugar de trabajo o una tabla segura de salvación, sino como el sitio de trabajo que constituía el interés central de su vida. Así, al percibir los trabajadores que el logro de los fines empresariales era consistente con el logro de sus propias metas personales –no hay que olvidar el individualismo del antioqueño–, las empresas pudieron contar con todo el potencial de trabajo de sus miembros. El obrero antioqueño llegó, pues, a identificar su éxito personal con el éxito de su empresa” (Mayor Mora, 1997, p. 280).

El patrono por su parte, llegó a “desempeñar los diferentes roles de padre, juez, consejero, maestro y compañero (con lo cual) logró alcanzar una mayor cohesión alrededor suyo y en torno a la que era la

obra y fin de su vida misma: la fábrica” (Mayor Mora, 1997, p. 281).

Se trata de un interesante análisis que ayuda a explicar el desarrollo empresarial antioqueño durante el siglo XX.

Conclusiones

Los anteriores son algunos ejemplos de iniciativas de carácter privado que han tenido gran impacto e influencia en la sociedad colombiana. Nacidas de la sensibilidad social de conocidos industriales, se constituyen en experiencias pioneras en el campo de la RSE. Un tema que ha tomado gran auge a partir de los últimos años del siglo XX y que promete convertirse en un componente fundamental de la actividad empresarial en el siglo XXI.

Suele creerse que se trata de un tipo de actividad novedosa, pero los anteriores ejemplos demuestran que en Colombia tiene más de un siglo de tradición.

Escuelas, barrios obreros, hospitales, laboratorios, acueductos, obras que han contribuido a mejorar las condiciones no sólo laborales sino sociales del país, son pruebas de ello. En distintas formas, las iniciativas de esos empresarios han fructificado en el tiempo.

Referencias Bibliográficas

Arboleda, E. (1953). *Palonegro*. Imprenta de Santander.

Carrasco Zaldúa, F. (2006). *La Compañía de Cemento Samper. Trabajos de arquitectura 1918-1925*. Bogotá: Corp. La Candelaria/ Ed. Planeta.

De Francisco Zea, A. (1982). Medicina, ciencia y seguridad social. En: *El Gran Libro de Colombia*. Bogotá: Círculo de Lectores.

De la Pedraja Tomán, R. (1985). *Historia de la Energía en Colombia. 1537-1930*. Bogotá: El Áncora Editores.

Escovar, A., Mariño, M. & Peña, C. (2004). *Atlas Histórico de Bogotá. 1538-1910*. Bogotá: Corp. La Candelaria/ Ed. Planeta.

Gómez Cusnir, J. (2002). La Sociedad de Cirugía de Bogotá y la salud en Colombia. *Repertorio de medicina y cirugía*. Edición especial. Disponible en www.medilegis.com.

Mayor Mora, A. (1997). *Ética, trabajo y productividad en Antioquia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

Miranda Canal, N. (1989). La medicina colombiana de la Regeneración a la Segunda Guerra Mundial. En: *Nueva Historia de Colombia. T. IV*. Bogotá: Ed. Planeta.

Miranda Canal, N. (1992). La Medicina en Colombia. *Credencial Historia*. No 29, Mayo.

Muñoz Delgado, J. J. (1995). *El primer hospital de América y otros trabajos*. Bogotá: Imprenta Patriótica del Instituto Caro y Cuervo.

Reyes, L. (1985). *Julio Verne (biografía)*. Bogotá: Editora Cinco.

Rivero Seña, M. (2005). *Laboratorios Román: origen de la industria farmacéutica en Colombia 1835-1900*. Cartagena: Universidad Tecnológica de Bolívar.

Rueda González, R. (2009). *Los médicos y la medicina en la Guerra de los Mil Días*. Bogotá: Ed. Kimpres.

Santos Molano, E. (1997). *El siglo de la luz*. Bogotá: EEEB.

Torres Mora, M. C. & Chaparro Valderrama, J. (1992). *Por la calle 32: historia de un barrio (La Perseverancia)*. Bogotá: Biblioteca Virtual. Biblioteca Luis Ángel Arango. Disponible en <http://ban-repcultural.org>.